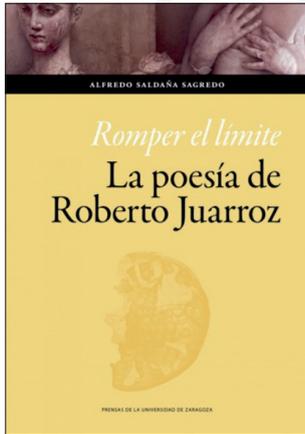


CREAR PRESENCIA. LA POESÍA DE ROBERTO JUARROZ



Alfredo SALDAÑA

Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz

Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022, 326 pp.

No es extraño que Alfredo Saldaña haya elegido la figura del poeta argentino Roberto Juarroz como objeto de estudio después de anteriores trabajos dedicados a cuestiones de un espectro más amplio. Es así que muchas de las ocupaciones teóricas tratadas en ensayos anteriores —*El texto del mundo. Crítica de la imaginación literaria* (2003), *No todo es superficie. Poesía española y posmodernidad* (2009), *La huella en el margen. Literatura y pensamiento crítico* (2013) y *La práctica de la teoría. Elementos para una crítica de la cultura contemporánea* (2018)— vuelven a aparecer en estas páginas de manera pormenorizada, muchas de sus actitudes frente a la creación poética de las últimas décadas confluyen en el quehacer del escritor argentino: la relación entre escritura y pensamiento, los escenarios de la otredad, la capacidad del lenguaje poético para decir algo inequívoco sobre la realidad. En literatura, como en la vida, la coherencia y la singularidad pueden ser los mejores avales para una legitimidad poética que pudo pasar de puntillas por el ruidoso mundo de lo literario a la espera de lectores propicios que dieran valor a sus propuestas estéticas.

La desatención de la crítica de la época hacia una obra de tal magnitud difícilmente encontraría hoy mejor recepción que la que hubiera podido tener durante las cuatro décadas en las que desarrolló su poesía vertical, catorce entregas de una única propuesta que se extiende, atendiendo a las fechas de publicación, de 1958 a 1997. De todos modos, y a la luz del trabajo expuesto, Roberto Juarroz no fue demasiado proclive a dar valor al quehacer de la crítica literaria, a la que aplicaba los términos de superficial y verborrágica, un discurso paralelo que adolecía de sobreinterpretación, más propio de lo sociológico, lo político o lo histórico que de lo estrictamente literario y lo esencialmente poético, carente por tanto de validez. Hablamos ahora de una crítica académica no plegada a intereses comerciales, realizada en función del gusto o del interés, no dependiente de razones espúreas, una investigación personal que, en consonancia con los temas que trata, pueda situarse en los márgenes del canon y venga a ocupar un lugar necesario, aunque sea de forma tangencial, en los planes de estudio sobre poesía contemporánea.

Como el mismo Saldaña no deja de explicitar, su finalidad es presentar, poner en valor, “aportar elementos para el debate en el contorno de los estudios sobre poesía contemporánea” (p. 12). La

poesía vuelve al escenario que, en todo caso, nunca abandonó, y lo hace con el cultivo de sus formas puras, poesía y lenguaje como forma de vida radicalmente independiente, alejada del ruido de copas de los cenáculos literarios y de las páginas de los suplementos culturales.

Romper el límite trata la obra de Roberto Juarroz desde un punto de vista hermenéutico, incidiendo principalmente en tres aspectos centrales, verdaderos ejes sobre los que giran el resto de los capítulos: el vínculo entre escritura y pensamiento, el examen del concepto de otredad y la relación entre lenguaje poético y realidad. El ensayo, no obstante, tiene intenciones globalizadoras, hay un trabajo de documentación exhaustivo, fruto de su estancia en Buenos Aires los meses de marzo, abril y mayo de 2017, de su trabajo en diferentes bibliotecas e institutos de investigación, una vertebración que trasciende lo meramente poético hasta esbozar un contexto histórico y profesional en el que Juarroz creó su particular obra poética. Resultado, en fin, que supone la primera monografía dedicada al escritor argentino, vista desde diferentes ángulos y consideraciones: una simbología poética basada en las ideas de ausencia y negatividad, la interpretación de una escritura inclinada al pensamiento ontológico, el análisis estilístico que contiene la unidad en el molde del fragmento, una temática que, si bien universal, se singulariza en el cuerpo del poema.

No cabe encontrar en estas páginas atisbo de celebración de la poesía como una forma más de espectáculo contemporáneo, pues esta no debiera confundirse con la vida literaria o la política cultural, aspectos que, por otra parte, hemos visto, Juarroz rechazó de pleno a lo largo de su trayectoria. Apenas han pasado veintisiete años desde el fallecimiento del poeta y la tendencia, lejos de diluirse en los valores propios de la literatura, se incrementa a pasos agigantados. Espectáculo, exhibicionismo, exposición mediática, mercado, explican con claridad el camino contrario que transita Roberto Juarroz y teoriza Alfredo Saldaña. En una poesía despojada de espacios y de tiempos, afanada en prescindir de todo aquello que no contribuye a la exploración de un lenguaje anclado en el silencio, solo cabe un propósito, si no es hallazgo, al menos una aproximación.

La poesía, la forma de escritura que merece llevar este nombre, sigue siendo hoy en día un lugar poco frecuentado, la huella que deja Juarroz, un caso aislado que no cuenta con antecedentes directos en la poesía hispanoamericana. A mediados de los años cincuenta, momento en que publica su primera *Poesía vertical*, el panorama de la poesía argentina está disgregado en diferentes corrientes estéticas, deudoras, en su mayor parte, de los ecos que proceden de las vanguardias europeas del lustro anterior. Saldaña, no obstante, dedica el capítulo “Roberto [entre otros] Juarroz” a señalar sus vinculaciones filosóficas con autores como Joseph Joubert, Gaston Bachelard, Martin Heidegger, Roland Barthes, Maurice Blanchot, entre otros, así como a escritores de mediados de siglo, pertenecientes sobre todo, pero no exclusivamente, al romanticismo temprano alemán o a autores significativos de la poesía francesa contemporánea. Muchos de ellos encarnan formas semejantes de contemplar la escritura. Mención aparte merece Porchia, referente ético y estético del autor.

Ya desde el título que figura siempre en la portada de sus libros, se aprecia una concepción de la poesía que crece en profundidad a partir del cuestionamiento permanente de la palabra y la búsqueda deliberada de la esencia del ser y aún de una realidad que se quiere traspasada por el hecho poético. Frente a la horizontalidad, la acumulación de conocimientos e informaciones, Juarroz se adscribe a una tradición cultural de carácter universal, una manera de entender una cultura que asume desde el principio el riesgo que opera en el silencio inexorable de la poesía, silencio entendido como un campo abierto al encuentro de lo otro, una posibilidad en el espacio de lo imposible o lo indecible. De ahí que haya sido visto como un caso aislado a ojos de la crítica literaria de la época, una voz singular que

hace suyo el vértigo del abismo en el que no dejará de profundizar, la poesía como fractura, grieta o transgresión verbal al margen de programas y preceptos, centrada en la creación de otra realidad. El poema es, en este orden de cosas, un “lugar vacío donde la nada puede germinar” (p. 50); el silencio, “la forma suprema de la poesía” (p. 52), solo desde la conquista de este silencio interior puede darse verdaderamente la poesía.

Alfredo Saldaña va desgranando a través de los diferentes capítulos de este ensayo los elementos esenciales que componen la poética juarrociiana. Para ello cuenta, al margen de las aportaciones críticas que ha generado aquí y allá la poesía de Juarroz, con dos hitos significativos escritos por el propio autor, su *Poesía y realidad*, discurso de ingreso en la Academia Argentina de las Letras, y los *Fragmentos verticales*, valioso contrapunto a su obra poética, amén de conversaciones que han ido recogiendo autores como Guillermo Boido o González Dueñas, por poner dos ejemplos. En estos textos puede verse con claridad la idea que Roberto Juarroz tenía de su propia poesía. Para él, no fue nunca una profesión, sino una manera de vivir que no debía confundirse, como ya hemos apuntado, con la vida cultural o literaria. De hecho, su desconfianza del carácter socioliterario de la literatura fue patente, e incluso de los elementos periféricos que puedan acudir en un momento dado al acto de escritura. Como señala Saldaña, Juarroz quiso retener únicamente “los núcleos esenciales del pensar y la poesía” (p. 89) que no son específicamente literarios, un lugar situado entre el pensamiento y la imaginación, entre la intelección y el símbolo, entre la idea y el estremecimiento. La inclusión de cualquier aspecto biográfico que pudiera darse en el poema debe ser considerado como algo anecdótico, pues la esencia está presente justamente en el proceso inverso, una sistemática labor de vaciamiento y de borrado que diera paso a la posibilidad de decir de otra manera, a la oportunidad de poblar la nada de presencias ciertas, con la sola ayuda del lenguaje.

Escribir para vivir o escribir para publicar, una dicotomía que se ha dado numerosas veces en la historia de la literatura y que Juarroz asume como premisa, la desaparición del sujeto real en beneficio del propio poema. En este sentido, la poesía se entiende como “fervor por la vida, entusiasmo en el sentido griego, vibración y hasta canto a veces [...] la mayor intensidad posible del vivir” (p. 20), un acontecimiento vital que adquiere en ocasiones tintes místicos. La máxima expresión del lenguaje se produce en la mínima cristalización verbal. Lo esencial borra de su mapa poético lo prescindible, la poesía solo se compromete consigo misma, es, de hecho, para Juarroz, la mayor cota de la realidad, una realidad inventada de nuevo por medio de la reflexión y de la imaginación, carente de tópicos y prejuicios, en busca de lo otro.

Alfredo Saldaña se mueve con prudencia entre las etiquetas que ha podido recibir la poesía de Juarroz: metapoética, metafísica, experiencia mística, profundización ontológica, etc. Sabe que una poesía basada en la reflexión y el pensamiento puede verse únicamente como un espacio de confluencia entre múltiples facetas del conocimiento que acaban recorriendo inevitablemente los territorios difusos de la intertextualidad y la intratextualidad, un enorme palimpsesto, en suma. Todo lo escrito es susceptible de ser borrado y reescrito. La poesía es, ciertamente, un diálogo con la realidad. Y es aquí donde su obra alcanza plena justificación: en la ruptura con una visión consuetudinaria de la realidad, en el abandono del componente convencional del lenguaje, en el cambio de percepción habitual de las cosas. Dicho en palabras de Saldaña, una “poética realmente crítica y transformadora, entendida sobre la base de que el mundo será otro si son otros los usos y valores que se atribuyen a las palabras” (p. 205). Ese mundo otro pasa sin remedio por las instancias de la otredad y por las relaciones entre poesía y realidad. El poema genera un lugar —que es en verdad un no lugar— pensado para

la fractura de lo sensible, cuyo fin último es crear “presencias”, buscar el reverso de las cosas, asistir a nuevas revelaciones, generar posibilidades, desdoblar mundos: “afirmo que la poesía es realidad, y para mí es la mayor realidad posible porque es la que cobra conciencia real de la infinitud”, dice Juarroz. La otredad es entonces ese recorrido que aspira a trascender los márgenes, no ya el “otro” rimbaldiano, más o menos identificable con la idea de voz poética, sino lo otro, acto puro de discernimiento y creación, idea máxima de la verticalidad a través de la escritura poética, un pensar de otro modo y, en consecuencia, un hacer realidad en el marco del lenguaje y de la naturaleza, las “dos moradas” ineludibles en la poesía de Juarroz. Como dice Alfredo Saldaña, frente a la horizontalidad de la superficie, la verticalidad y profundidad del abismo, un abismo, hay que subrayar, lleno de múltiples posibilidades, de nuevos espacios, de nuevas preguntas y también de nuevas tensiones.

Juan Antonio TELLO